

La crisis terminal del modelo económico boliviano

Karl Hoffmann

Docente-Investigador IESE-UMSS

La tormenta perfecta: 2023-2025

Bolivia enfrenta en estos momentos la crisis económica más severa desde la hiperinflación de los años ochenta. Los indicadores hablan por sí solos, pero es en las calles donde se vive el verdadero drama: una sensación generalizada de que el país ha entrado en un túnel sin salida visible.

Esta no es una crisis cualquiera. No es el ciclo natural de auge y recesión que experimentan todas las economías. Lo que Bolivia vive hoy es el colapso terminal de un modelo económico completo, el llamado Modelo Económico Social Comunitario Productivo (MESCP), que dominó la política económica durante casi dos décadas.

Los números oficiales confirman lo que la ciudadanía experimenta diariamente:

- Crecimiento económico casi nulo: 0.73% en 2024, que al descontar el crecimiento poblacional se vuelve negativo (-0.77% per cápita)
- Inflación en ascenso: Por encima del 5% en 2025, rompiendo más de una década de estabilidad de precios
- Reservas internacionales agotadas: De USD 15,100 millones en 2014 a menos de USD 2,000 millones hoy
- Déficit fiscal récord: 9.2% del PIB, uno de los más altos de América Latina
- Fractura cambiaria: Brecha del 30-45% entre dólar oficial y paralelo

De la bonanza al abismo: ¿Cómo llegamos aquí?

Para entender la crisis actual, hay que remontarse al origen del modelo. Entre 2006 y 2014, Bolivia vivió lo que parecía ser un milagro económico: crecimiento sostenido, reducción de pobreza, estabilidad macroeconómica y acumulación de reservas sin precedentes. Este "milagro" tenía un nombre: el súper ciclo de los recursos naturales, especialmente del gas natural, cuyos precios alcanzaron niveles históricos.

Durante esos años dorados, el gobierno implementó políticas de redistribución masiva: bonos sociales,

expansión del empleo público, subsidios a los combustibles y creación de decenas de empresas estatales. La sensación de prosperidad era palpable, pero se construía sobre frágiles cimientos.

Tres errores fundamentales marcaron esa etapa:

1. No se diversificó la economía: El país se volvió más dependiente que nunca del gas y los minerales. La industria manufacturera retrocedió, pasando del 17% al 14% del PIB.
2. No se invirtió en el futuro: Las enormes reservas acumuladas no se transformaron en un fondo soberano para inversión productiva, sino que se mantuvieron como depósitos bancarios en el exterior.
3. Se debilitaron las instituciones: El Banco Central, las entidades reguladoras y las empresas públicas fueron progresivamente politizadas, perdiendo autonomía técnica.

El punto de quiebre: 2014-2015

La caída de los precios internacionales del gas a partir de 2014 debería haber sido una señal de alarma. En lugar de ajustar el modelo, el gobierno optó por la estrategia de la postergación:

- Se consumieron las reservas internacionales a un ritmo acelerado
- Se incrementó el endeudamiento público de forma masiva
- Se mantuvieron los subsidios y controles de precios artificiales
- Se profundizó la narrativa del "éxito invulnerable"

Cada año de postergación empeoró el problema. Para 2018-2019, Bolivia había pasado de ser exportador neto a importador neto de combustibles, transformando los subsidios de mecanismo de redistribución interna en drenaje masivo de divisas.

La crisis multidimensional: Un país en emergencia

Lo que distingue a la crisis actual es su carácter multidimensional. No es solo un problema fiscal, ni solo cambiario, ni solo productivo. Es todo simultáneamente:

1. **Estanflación:** El peor escenario. Por primera vez en décadas, Bolivia enfrenta estancamiento económico e inflación creciente al mismo tiempo. Esta combinación es particularmente cruel con los más pobres, porque erosiona su poder adquisitivo sin ofrecer oportunidades de empleo o mejores ingresos.
2. **Crisis cambiaria estructura.** El tipo de cambio fijo en 6.96 Bs/USD se ha vuelto una ficción costosa. En la práctica, existe un mercado dual donde el dólar paralelo supera en 30-45% al oficial. Esta brecha genera distorsiones en toda la economía y alimenta corrupción en la asignación de divisas.
3. **Desabastecimiento generalizado.** La escasez ya no es esporádica: es crónica. Combustibles, medicamentos esenciales, alimentos básicos y repuestos industriales faltan regularmente en los mercados formales. Esto ha llevado a una economía de supervivencia basada en el contrabando, los mercados informales y la especulación.
4. **Parálisis política.** El gobierno enfrenta lo que los economistas llaman una "trampa de imposibilidad": cualquier medida de ajuste necesaria (devaluación, reducción de subsidios, reforma fiscal) es políticamente explosiva en el corto plazo, pero la inacción garantiza el colapso económico total.
5. **Fuga de capitales y talento** Se estima que entre USD 500 y 800 millones salen del país cada año desde 2020. Junto con el capital financiero, también se va capital humano: profesionales, técnicos y emprendedores buscan oportunidades en el exterior.

Sectores críticos en emergencia

Hidrocarburos: El motor que se apaga. El sector que financió el modelo está en declive terminal: producción cayendo, reservas disminuidas, inversión en exploración insuficiente por años. La contracción del 13.41% en 2024 es solo el comienzo de una tendencia estructural.

Empresas públicas: Hoyo fiscal negro. La mayoría de las empresas estatales generan pérdidas crónicas que son cubiertas con transferencias del Tesoro. En 2023, este drenaje superó los USD 1,200 millones (más del 2% del PIB).

Sistema financiero: Bajo estrés. Los bancos enfrentan creciente morosidad, restricciones de liquidez en dólares, y un entorno de incertidumbre que dificulta la intermediación financiera normal.

Lecciones de una crisis anunciada

La experiencia boliviana ofrece lecciones duras pero necesarias:

1. Los modelos rentistas tienen fecha de expiración. Basar la economía en la extracción de recursos naturales no renovables es transitorio. El tiempo de vida de estos modelos depende de cuán bien se gestiona la transición hacia otras actividades productivas.
2. La postergación del ajuste multiplica el dolor. Cada año que se retrasan las medidas necesarias, el costo final del ajuste se hace exponencialmente mayor. Lo que en 2015 podría haber sido una corrección ordenada, hoy es una crisis sistémica.
3. **Redistribución no es desarrollo.** Mejorar indicadores sociales con renta extractiva es legítimo, pero no crea desarrollo sostenible. El verdadero desarrollo requiere construir capacidades productivas endógenas.
4. Las instituciones importan. Debilitar instituciones técnicas por razones políticas tiene costos enormes cuando llega la crisis. Un Banco Central autónomo, empresas públicas profesionalizadas y sistemas de evaluación independientes no son lujos, son seguros contra el desastre.

Conclusión: Más allá del diagnóstico

Bolivia enfrenta hoy lo que los médicos llamarían una "enfermedad terminal" de su modelo económico. Los síntomas son evidentes, el diagnóstico es claro. La pregunta que queda es si habrá voluntad política y madurez social para enfrentar el tratamiento necesario.

Esta crisis es terminal porque el modelo anterior no puede ser resucitado. Los precios altos del gas no volverán, las reservas no se recuperarán mágicamente, y la confianza perdida no se restaurará con discursos.

El país necesita, con urgencia, tres conversaciones nacionales:

1. **Una conversación sobre la verdad económica:** Reconocer la magnitud real de la crisis
2. **Una conversación sobre los sacrificios compartidos:** Distribuir los costos del ajuste de manera justa
3. **Una conversación sobre el futuro:** Acordar qué tipo de economía queremos construir después del rentismo

Lo que está en juego no es solo la estabilidad macroeconómica, sino la cohesión social y la viabilidad misma del proyecto nacional. La ventana para una transición ordenada se cierra día a día. El momento de actuar es ahora.